

REGISTRO DE
PROPIEDAD
INTELLECTUAL
Nº. 136836

Amicitia



ASOCIACION DE UNIVERSITARIAS DE LA ACCION CATORICA • CIRCULO DE FILOSOFIA Y LETRAS

Cuanto más profundo, amplio y universal es el genio de un filósofo, tanto más claramente aparece —al final de su sistema— algo que podría parecer desconcertante: la sensación de lo incompleto, de lo inconcluso.

Platón y Aristóteles, esos gigantes de la inteligencia, tropiezan al final del sendero con un velo corrido. En vez de llegar con exultación a una cumbre, llegan con humildad a un umbral.

Ellos recorrieron con magnífica seguridad un campo: LA REALIDAD, guiados por una antorcha: LA RAZON; definieron la Filosofía como conocimiento de la esencia de la realidad por el camino de la inteligencia. No obstante nuestra inteligencia, dependiente de los sentidos, está limitada en todas direcciones por el factor material. Existen otros caminos, pero esos métodos analíticos son siempre pobres: queda un inmenso sector de lo real que escapa a ellos. La razón no hace sino ponernos en las fronteras de realidades que ella sola no puede abarcar.

Es decir, que llega un instante en que la inteligencia ve ante sí una puerta cerrada, tras la cual adivina horizontes inmensos, pero que es incapaz de franquear con sus solas fuerzas. La llave de esa puerta es la fe.

Bien podría decirse, parafraseando a Madame Roland: "Oh fe! cuántos errores se dicen en tu nombre!"

Porque la fe —desengañémonos— no es una dulce emoción, asentimiento sentimental que se presta a un conjunto de poéticas tradiciones, no es ese algo blanduzco y sensiblero, nó. La fe ES EL ASENTIMIENTO LIBRE DE LA RAZON Y DE LA VOLUNTAD A LAS VERDADES REVELADAS POR DIOS, BAJO LA INFLUENCIA DE LA GRACIA DIVINA. Y, notadlo bien, "si no es Dios quien revela; si no es Dios quien nos mueve a creer, con el auxilio interior de su gracia; si el asentimiento no es libre; si no es obra de la inteligencia y de la voluntad, producto de la razón y del libre albedrío; si falta una sola de estas condiciones, no es ya entonces la fe católica". (1)

Así como el campo propio de la razón es el de la realidad que podríamos llamar "accesible", el de la fe, es la realidad revelada.

Revelación. Es el velo que se corre. a palabra de Dios lo levanta, y el espíritu se pierde con delicia en horizontes de verdad insospechados. Las preguntas que la Filosofía no podía contestar, se solucionan. Los problemas que la Filosofía dejaba a medio camino, se aclaran. La inteligencia se expande, se siente segura de haber tocado el fondo de sus inquietudes, toda la perspectiva intelectual se transforma.

¿Quién no conoce a los grandes convertidos? San Agustín, luego Raimundo Lulio, en nuestros días, García Morente.

¿Qué pasó en eso claros espíritus —que habían llegado al término del camino de la Filosofía antes de ver abrirse la Puerta maravillosa?, ¿qué paso para transformar así sus vidas? Encontraron en la Revelación lo que faltaba a la sola Filosofía. Sintieron que se completaba su campo espiritual.

Y es que el hombre es un ser natural, pero un ser NATURAL susceptible de ser elevado al orden SOBRENATURAL. Aunque lo ilumine la luz natural de la razón, siempre se sentirá mutilado, e inquieto, y en tinieblas, mientras la luz de la fe no ilumine para él lo sobrenatural, para lo cual ha sido creado.

Son dos planos distintos, pero que se completan. La fe supone un trabajo previo de la INTELIGENCIA, que acepta las razones de credibilidad, pero culmina en un acto de la VOLUNTAD, que acepta lo revelado por ser Dios quien revela.

¿Cabe —después de lo dicho— suponer contradicciones entre la razón y la fe? Sería absurdo. Son ellas, al decir de Santo Tomás de Aquino, dos rayos de una misma luz: Dios es la fuente común de la razón y de la fe. O, mejor dicho, es un solo rayo, que nuestro débil intelecto descompone en dos, incapaz de concebirlo en su unidad magnífica. Esto es lo que entiende el Santo al decir que "son grados relativos al hombre, mas nó a Dios".

Pero, desgraciadamente, oiréis una y otra vez en nuestra Facultad, oponer la razón a la fe cristiana.

Tened entonces por seguro que, quien así habla, tiene una noción deformada de la razón y un absoluto desconocimiento de la fe.